

LA ESCUELA Y EL GALLO

“Oh Critón, debemos un gallo a Asclepio. Pagad la deuda y no la paséis por alto.”

Platón: *Fedón* 117E-118^a.

Creo que debería comenzar por justificar el por qué de este título con esta apariencia de absurdo, de incomprensible.. Para ello he de remitirme a mi exordio colocándolo en su contexto, que es el del instante de la muerte de Sócrates, siendo éstas, según el diálogo platónico, sus últimas palabras.

He de decir que, cuando leí por primera vez este Diálogo, hace ya muchos años y en un momento muy particular para mí, este instante me pareció disonante al aparecer en medio de una escena trágica y ciertamente conmovedora. A tal punto me llamó entonces la atención que hoy la he recordado para vosotros tantos años después. Entonces no entendí qué hacía allí algo tan cotidiano como saldar una deuda, salvo que pensara que era un modo de morir en paz, sin deudas pendientes. Luego he sabido que dicha deuda resultó ser un sacrificio de acción de gracias que Sócrates quiso ofrecer al dios de la medicina por librarle con la muerte de todos los males de la vida, lo cual todavía me llamó más la atención.

De todas formas, con este primer paso de colocar el exordio en su contexto no he logrado aclarar nada, por lo que sigue la aparente incongruencia de querer relacionar esta ofrenda al dios de la medicina para agradecer la muerte y la Escuela, la nuestra. Así pues, empezaré por otro punto, justamente el del vínculo social en estos tiempos de pandemia y para ello empezaré por aquí, por la peculiaridad de estos tiempos que nos ha tocado vivir.

Confieso que, para empezar a ordenar mis ideas, me fui a la página web del *Lacan Quotidien* (LQ) donde me di cuenta de un detalle: en los números cercanos al primer momento de la pandemia casi todos los artículos parecían ser intentos de elaborar la sorpresa que suponía el tener que renunciar o el tener que introducir modificaciones forzadas impuestas por la necesaria separación de los cuerpos al escenario habitual en el que desarrollamos tanto nuestra labor como analistas como nuestros encuentros de Escuela. ¿Y ahora qué? parecía ser la pregunta que subyacía a muchos de los artículos, ¿cómo hacemos? ¿Qué fundamento teórico podemos darle a nuestro trabajo como analistas con estas limitaciones?, preguntas que han dado lugar a textos ciertamente interesantes y de los que no me ocuparé aquí.

Con el tiempo los temas han vuelto a ser los temas habituales, muchas veces vinculados a encuentros en preparación, como los dedicados al tema con el que se prepara el próximo PIPOL 10 y al que también nos dedicaremos en este Espacio Central.

¿Qué ha cambiado? ¿En qué punto ha desaparecido la inquietud por lo que de pérdida pudiera tener esta separación forzada de los cuerpos y se ha vuelto a los temas habituales? Estas son preguntas a las que, por no parecerme ociosas, quisiera tratar de apuntar una respuesta.

La vida que sólo es vida.

Uno de los artículos de LQ en el que me he detenido es uno de E. Laurent titulado “Les biopolitiques de la pandémie et le corps, matière d’angoisse” publicado en el LQ nº 892 (11-6-2020).

Dicho artículo es un recorrido que va de las medidas de biopolítica suscitadas por la pandemia y a las que todos, de mejor o peor grado, nos sometemos y que responderían en su conjunto a lo que B.-H. Levy, en su libro *Le virus qui rend fou* (vid. el comentario que sobre dicho libro hace P. Naveau en el LQ nº 895), llama un nuevo contrato social que se quiere sostenido por un Otro que garantizaría una vida sin riesgo de perderla, que va de estas medidas de biopolítica, digo, hasta la cuestión de la muerte como uno de los rasgos singulares más íntimos, casi me atrevería a decir como uno de los anclajes de lo que llamamos nombre propio.

P. Naveau en el comentario del mencionado libro de B.-H. Levy, destaca, tomado de dicho libro, un aforismo de Pascal sacado de sus *Pensamientos*: “Todo el malestar de los hombres viene de no saber permanecer en reposo en una habitación”, es decir, de pretender vivir en un Yo (moi) sin pérdidas, en un Yo (moi) que no asume riesgos, empezando por el riesgo de dar consigo mismo.

En este sentido me ha llamado mucho la atención uno de los artículos publicados en el LQ nº882 (20-4-2020) en el que Nelson Feldman narra las vicisitudes de su encuentro con el coronavirus. Su título: “Rencontre du coronavirus: nous, analystes, sommes mortels”.

¡Sorpresa! podríamos decir, pero vale la pena reparar en una cita que el autor toma de la conferencia de Lacan en Lovaina: “si no creyeráis (en la muerte) ¿podríais soportar la vida que lleváis?” Vid. *La cause du desir* nº 96). Por tanto, y parafraseando este último título, me atreveré a decir que “nosotros, analistas, afortunadamente somos mortales”, o deberíamos serlo.

Para hacerme cargo de esta última afirmación, con apariencia de barbaridad, me remitiré a la famosa premisa mayor de un silogismo clásico: “Todos los hombres son mortales”. Pero, este “Todos” ¿hay que tomarlo como un universal o como “cualquier hombre” sobre el que se predica que es mortal?

Para tratar de desprenderme de este universal me remitiré a la cuestión de cómo cada sujeto entiende la muerte, la suya propia. Dos posibilidades se me plantean: bien la muerte se entiende del lado de la muerte del padre, lo que daría lugar a un vínculo social basado en la religión, en cualquier religión, ya que todas, de un modo u otro, prometen una vida más allá de la muerte; bien del lado del uso del Nombre del Padre, lo que remite al uso del lenguaje por parte del sujeto.

Cito a E. Laurent en el artículo que he mencionado: “Por esta palabra (*laïusser*, neologismo formado a partir de “Layo”, *Laïus* en francés, padre de Edipo, y “usar” y que en su pronunciación francesa tiene homofonía con “usarlo”), Lacan da a entender el paso del régimen

de la muerte del padre, lo que define a un sujeto atrapado en la historia por el sentido y la identificación, al sujeto inscrito en la historia por el puro discurso, por el puro *laius*, que produce un sujeto fuera de sentido por la función lógica del nombre propio. Se trata de pasar del universal del *todo* que no tiene sentido para un sujeto particular, definido no por un sentido, sino por una forma particular de afrontarse a la muerte, de caer <bajo el golpe de la muerte>”.

Henos pues frente a la cuestión del nombre propio, de un Yo (Je) que asume riesgos y que está contenido en la conclusión habitual del famoso silogismo: “Sócrates es mortal”. Con el fin de abreviar esta digresión sobre el nombre propio me limitaré a retomar dos citas que E. Laurent toma de Lacan, en concreto de la lección del 20-1-1965 del Seminario XII:

- “Está claro que el veneno, diría la agresión de este silogismo particular, está por entero en la conclusión, y tampoco hubiera sido en absoluto promovido a este valor de ejemplo clásico si no comportara en sí ese algo que se satisface del placer de reducción que experimentamos siempre a propósito de un ocultamiento cualquiera, porque después de todo, es siempre la misma cosa de la que se trata y a la que se trata de escamotear, a saber, la función del sujeto que habla. Y hacer necesario el decir simplemente que Sócrates es mortal porque los hombres lo son, es también ocultar esto, que hay más de una manera, para el sujeto, de caer bajo el peso de ser mortal”.

- “Sólo un paso fue dado por la escuela estoica, alrededor de lo que ha virado el sentido como tal acordado al término *nombre propio*: el *onoma* (nombre) como opuesto a la *rhexis* (predicado), a saber como una de las dos funciones esenciales del lenguaje. En el tiempo de Platón y Aristóteles, lo mismo que en el Protágoras e incluso en el *Crátilo*, el *onoma* se llama así cuando se trata del nombre propio, el *onoma kerion*, lo que quiere decir el nombre propio por excelencia. Es sólo con los estoicos con los que *idion* toma el aspecto del nombre que a ustedes les pertenece en particular”.

A propósito de este último término *idion*, simplemente señalaré que *idiota*, en su acepción etimológica designa a alguien que no se hace cargo de asuntos públicos y que sólo se dedica a sus asuntos privados.

No quiero extenderme mucho más sobre esta cuestión del nombre propio. Simplemente quiero referirlo a cómo la muerte, cuando pasa al saber inconsciente por “*laiusser*” el Nombre del Padre, por el uso particular que se haga de este Nombre del Padre, como esta muerte, digo, nos saca de una vida que sólo es vida, de ese “vivir inauténtico” del que Heidegger habla en *Ser y tiempo* para remitirnos a la cuestión del nombre propio, a la cuestión del *parlêtre*, a la cuestión del sujeto que hace uso del discurso para sostenerse como nombre propio.

Una escuela que es vivir.

Bien, me podréis decir, hemos entendido más o menos la cuestión del gallo que aparece en el título, pero ¿por qué remitirlo a la cuestión de la Escuela?

Yo, a mi vez, puedo tratar de responder a esta pregunta con otra: pasado el tiempo de la sorpresa y del desconcierto ¿qué ha sosegado a la comunidad analítica, tal como he creído percibir en la evolución de los contenidos de los artículos publicados en el LQ?

Desde el primer momento de la pandemia hasta ahora hemos descubierto que la plataforma Zoom, en la que ahora estamos, nos ha permitido mantener lo esencial de nuestros encuentros creando un espacio de discusión en el que poco a poco parece que hayamos aprendido a desprendernos del inconveniente de no poder encontrarnos como nos gustaba, de cuerpo presente, en el que hemos aprendido a darle una importancia secundaria al placer de los saludos en la proximidad de los cuerpos para encontrarnos en lo que es, o debería de ser central para nosotros, el placer de la discusión.

¿Qué me permite sostener esta afirmación que tantas veces me habéis oído plantear de distintas maneras? Hoy me contentaré con recurrir a la etimología de la palabra “Escuela”, etimología que para mí fue una sorpresa. Dicha palabra viene del griego σχολή (*scholé*) que no designa un lugar sino un tiempo: el tiempo libre que se emplea en una discusión o en una lectura que ilustra, tiempo, por tanto, distinto del que marca el par de actividades trabajo-descanso.

Para Aristóteles (vid. *Política* VIII, 3. Podéis encontrar desarrollado este tema en un artículo de Francisco Arenas-Dolz titulado “Los trípodes de Hefesto” que podéis encontrar en Internet), este último tiempo, el marcado por el trabajo-descanso, pertenece a la esfera de lo necesario para vivir, a la esfera del Yo (moi) que no arriesga si nos remitimos a la terminología que he empleado al principio del artículo, a la vida que sólo es vida, mientras que la *scholé*, el ocio para cultivar el espíritu, hay que situarlo del lado de la libertad, del lado del Yo (je) que, sabiéndose mortal, asume el riesgo de vivir, que elige y arriesga en la elección, que no habla más que en nombre propio.

Creo que este ha sido uno de los “descubrimientos” de esta pandemia que nos ha impuesto el alejamiento de los cuerpos: que nuestro espacio para el ocio, para la discusión y para la libertad de arriesgarse en ella, si bien en otra sede, lo hemos sabido conservar, lo hemos sabido hacer perdurar.

Este es el gallo que hoy quería ofrecer a la Escuela. Que haya resultado gallo oblativo u operístico, lo dejo a vuestra consideración. En cualquier caso un gallo que os ofrezco para ser desplumado.

Vale.

Francesc Roca

Enero 2021.